

Grassa Toro

Rector Magnífico del Altísimo Instituto de Estudios Pataphysicos de la Candelaria (www.candelaverde.org). Es co-director de Curso Internacional de Ilustración y Diseño Gráfico de Albarrocín. Entre su obra destacan *Una casa para el abuelo* (ilustrado por Isidro Ferrer), *Una niña* (ilustrado por Pep Carrió), *La sequía* (ilustrado por Diego Fermin) y *El juego de las reglas*. De próxima aparición *Este cuerpo es humano. Anatomía escrita y dibujada* (con ilustraciones de José Luis Cano)

De cómo se empezó a escribir *Este cuerpo es humano* y de cómo no siguió por aquí

Aparato respiratorio

Cuando Remedios se llevaba un desengaño, se quedaba inmóvil, decía: "Se me ha metido el frío dentro", y se le oía respirar muy fuerte; en todo el barrio se oía esa respiración.

Pasaba la noche así, sin dormir. A la mañana siguiente, y por causa de la diferencia térmica entre el aire caliente que llegaba a sus alvéolos y el frío de su desengaño, en cada respiración expulsaba gotas de rocío.

A la gente del barrio le gustaba ver salir el rocío por la boca de Remedios y madrugaban para recoger en sus manos esa agua pura y lavar con ella los ojos llenos de sueño de los más pequeños.



Cabeza

Cuando Remedios fue por primera vez a la escuela, no sabía que se podía distinguir entre pato y pavo; para ella todos eran patos. Por eso cuando, en el recreo, las compañeras empezaron a llamarla ¡cabeza de pavo! no le dio ninguna importancia, pensó que se trataba de un juego al que nunca había jugado.

Sería poco antes de Navidad cuando la madre de Remedios llegó a la casa con un animal enorme, vivo, atado del cuello por una cuerda, caminando sobre dos patas imposibles.

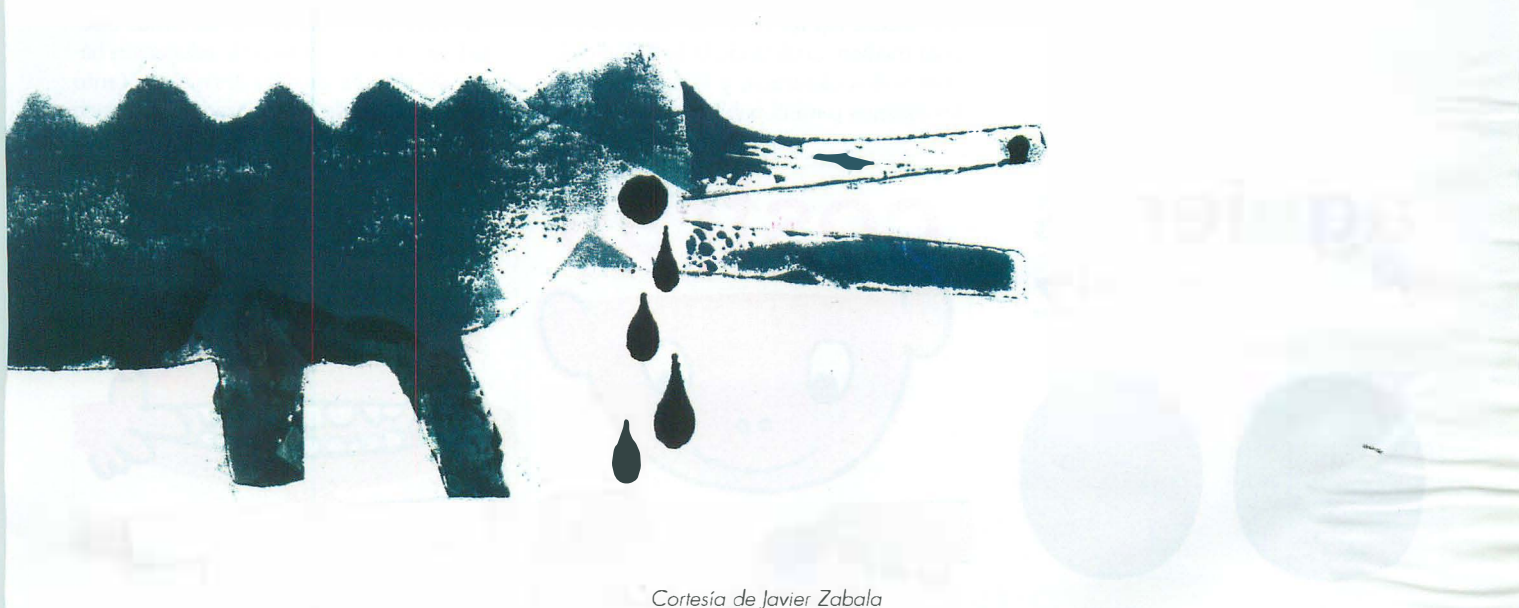
No había terminado la madre de decir: “Esta Navidad comeremos pavo” y Remedios ya se había hecho con el ave y lo arrastraba hacia su habitación.

Cerró sin llave, colocó sobre el suelo el espejo que colgaba de la pared, ella misma se sentó en el suelo, acomodó al pavo a su lado y con caricias y susurros consiguió hacerle olvidar el rapto y serenarlo hasta que su mirada quedara fijada en el espejo, junto a la suya.

Remedios pasó horas contemplándose y contemplando al pavo. No parpadeaba. Pensaba en los antepasados del pavo, más concretamente en el primer pavo; por más esfuerzo que hacía no podía imaginar de dónde había salido el primer pavo. Era cierto: tenía ojos, frente, nariz, mandíbula, mentón, nuca, como ella.

Una lágrima corrió por su mejilla; el pavo no se inmutó. Remedios rompió a llorar, su madre entró a la habitación, agarró el pavo, colocó el espejo y dijo: “Con estas lágrimas pareces un cocodrilo”.

A Remedios se le abrió una esperanza. ◀▶



Cortesía de Javier Zabala